



# Comentando

## El suicidio de un pueblo

La primera impresión que las calles de Caracas y aun el campo venezolano producen respecto de la natalidad, es para el que retorna de varios países europeos, profundamente consoladora. Hay niños, hay cantidades de niños en Venezuela. La patria no muere. Y los niños dicen fecundidad, alegría, salud y moral.

Hemos dicho la "primera impresión". Un observador atento advierte sin embargo al poco tiempo varias desgraciadas anomalías: la multitud de hijos de nadie, y la escasez de hijos en las clases altas de la sociedad. Es ciertamente lamentable que este vicio contra naturaleza, que Dios castiga con mucha frecuencia en la tierra, vaya cundiendo entre nosotros, no precisamente entre las familias de los obreros, sino entre las familias capaces de sustentar desahogadamente prole numerosa, y destinadas a dar a la patria las élites directivas, los superdotados.

También esta vez corremos el peligro de que el vicio pase de las clases altas a las inferiores.

Dos palabras aleccionadoras sobre las consecuencias fatales de los métodos anticoncepcionistas en Francia.

Los diarios del 30 de octubre publicaron el siguiente cable de la United Press:

Limoges, Francia, octubre 29. (United Press). La población actual de Francia, de cuarenta millones, está destinada a bajar a doce millones en el curso de cincuenta años, si la baja en la natalidad continúa en la misma forma en que lo indican las cifras sometidas al congreso de natalidad reunido en esta ciudad.

Las muertes del año pasado excedieron a los nacimientos por catorce mil entre los extranjeros y por treinta mil entre los franceses solamente.

La rata de nacimientos en 1867 pasaba de un millón; el año pasado llegó solamente a seiscientos diez y seis mil.

Con la rata presente Francia perderá cien mil habitantes por año.

Mientras tanto, la rata de natalidad en los estados totalitarios va en aumento. En Italia, en los últimos años, ha habido 361.000 nacimientos más que defunciones.

El cable transcrito anuncia para Francia una verdadera catástrofe. La disminución de la natalidad en las proporciones anunciadas está determinando sencillamente su desaparición.

Cuando Francia llegue a los doce millones de habitantes dejará de significar en el mundo lo que hasta hoy ha significado y entonces o estará poblada por gentes de otras razas, o sus poderosos vecinos y rivales, la Alemania que cuenta hoy con 75 millones e Italia que cuenta con 40 millones, se la habrán repartido, como se reparten los despojos de una nación que ha pasado a la historia.

Para conjurar este terrible flagelo que viene carcomiendo a la nación que ha sido la orientadora del mundo, el gobierno hace inauditos esfuerzos, se dictan leyes en favor de las familias numerosas (en Francia llaman familia numerosa la que pasa de cinco hijos), se conceden premios y exenciones a los padres de familia, se verifican concursos y exposiciones de puericultura, se reúnen Congresos y, en una palabra, se dictan todas las medidas conducentes al fomento de la natalidad. Pero, a pesar de todo este esfuerzo, la natalidad sigue disminuyendo y Francia contempla con espanto que su población va siendo cada día menor.

Las medidas tomadas por el gobierno no corrigen el mal porque el origen de éste es de orden moral. Es el desarreglo de las costumbres, es la inmoralidad, es la funesta institución del divorcio que mina y destruye la familia, es, en una palabra, la ausencia del sentido cristiano. Con las rebajas en los impuestos, las exenciones de impuestos y las condecoraciones a los padres de familia numerosas, Francia no ha logrado contener el pavoroso descenso de su natalidad. Mientras no se restaure el espíritu cristiano en los hogares Francia seguirá rodando al abismo por que, como lo dice la Escritura: "lo que hace miseros a los pueblos es el pecado".

## Zapatero a tus zapatos

Va a extrañar a algunos nos metamos en este comentario nada menos que con el sabio Einstein, con el autor de la teoría de la relatividad. Para quitar ese prejuicio viene al caso un hecho reciente.

## COMENTANDO

Están en el ring. Sobre la cabeza de Uzcudum cae una granizada de golpes. Los resiste impávido como un monolito granítico. Mas a su vez el leñador vasco, impacta un derechazo fulminante en el mentón y, como en tiempos pasados el roble secular al golpe de su hachazo, cae ahora el adversario en total inconsciencia. Recogen al maltrecho: aplauden al vencedor. A los pocos minutos, un periodista le plantea, a que, marropa, esta cuestión: "¿Qué opina Ud. sobre la existencia de Dios"? A la pregunta del importuno respondió acertadamente el boxeador: "Yo no he estudiado esas cuestiones: yo creo lo que me enseñaron mi párroco y mis padres". Esta pregunta del pobre periodista es la medida de los tiempos que corremos. Pensamos que por dar un buen golpe, el hombre está preparado para discurrir sobre todas las materias.

No por ajena insinuación, sino por propio impulso ha caído recientemente en ese error, Einstein, el relativista. Hablaba, a fines de Junio en el Colegio de Swarthmore (EE. UU.) y el tema de su conferencia fué: "La Vida Social y la Etica en sus mutuas relaciones". Su disertación podríamos encerrarla en esas tres proposiciones:

1) Fundamentos morales de la vida social.

2) Todos los hombres con los mismos principios morales.

3) El imperativo moral.

El edificio que sobre esta base levanta es magnífico. Porque al explicarnos los fundamentos morales nos dice que por más vueltas que da al asunto, no halla ninguno que tenga "valor objetivo". Es decir, hablando en lenguaje más sencillo, que esos fundamentos no existen. ¡Bueno sadrá el edificio cuando comienza a carecer de cimientos!

No es menor su éxito al concretar la identidad de principios, reguladora de la conducta humana: porque "no pueden darse reglas específicas que guíen a los individuos en sus acciones". Es decir, que todos debemos tener en nuestra conducta los mismos principios, pero no las mismas reglas, porque no existen. Ahora bien, en materia tan práctica como la moral que ha de ir informando cada una de nuestras acciones, mucho conseguiremos con un sistema que proclama los mismos principios, pero que es incapaz de cristalizar en reglas y normas concretas.

Buen juego forma con esta serie de explicaciones, la que da sobre el "imperativo moral". A cualquiera se le ocurre y la misma palabra lo dice, que ese "imperativo" es algo que manda en nosotros, algo que nos ordena. Pero añade el sabio relativista que "la moralidad más que un sistema fijo es un punto de vista".

Después de tanta palabra y explicación hueca, nos quedamos sin saber ni qué es ni en qué consiste la

moralidad. No nos aflijamos. En nuestro desconcierto nos acompaña el propio autor. Por eso al poco tiempo nos dice que la moral "es un interés sociable para una suerte más feliz de todos los hombres". He ahí el punto de vista desde el que deben juzgarse todos los problemas planteados entre los hombres". Esto lo pone todavía más oscuro. Considere el autor la variedad de hombres, costumbres, intereses creados y contrarios y dígame en medio de esa Babel qué es lo que contribuirá a hacer a los hombres más felices.

Voy a poner un caso. Hitler ha emprendido una guerra sin cuartel contra los hermanos de raza de Einstein, los judíos. Los ha arrastrado, robado, vejado, insultado, desterrado, matado. ¿Procede moralmente? Según la teoría de Einstein, sí: porque él al acabar con la judería no hace más que exterminar, lo que es para algunos, el enemigo No. 1 de la humanidad: trabaja por la felicidad de los hombres. Pero... ¿tantas víctimas? me dirá Einstein. Pero ¿tantos felices? responderá Hitler.

La crítica que en la Revista COLUMBIA. Nov. 1938, hace F. J. Sheed de la admirable conferencia es muy larga y muy interesante. No la podemos resumir. Basto lo dicho. Pero antes de terminar quiero cerrar este comentario con unas juiciosas ideas con que el crítico prologa el suyo.

"Las aventuras de los grandes científicos por los campos de la Moral no varían mucho. Saben que su propia ciencia es difícil y juzgan que la Etica es fácil. Los resultados están a la vista. Hombres gigantes al hablar en su especialidad, se parecen a los enanos de Blanca Nieve, al tratar de Etica. Muy sin cuidado nos debería tener todo esto, si el público no diera a las opiniones morales de estos hombres el prestigio a que con todo derecho son acreedores en sus propias materias. Porque el público piensa también que la Etica es muy fácil. Así un especialista ginecólogo nos dice que el Birth Control es moral y hay que practicarlo. Y el público lo cree, porque lo ha dicho un especialista ¿Especialista? ¿En qué? En Ginecología, no en moral. Por lo tanto, él me podrá hablar de los efectos fisiológicos, pero no de los morales. Me podrá decir si esto o aquello conviene fisiológicamente, pero no si es bueno o malo moralmente".

Más aún: con frecuencia esos especialistas son los menos llamados a dar juicios sobre asuntos que rebasan su especialidad. Y es que acostumbrados a mirar nada más que en cierta dirección y a restringido sector, les falta la amplitud y orientación de vista tan necesarios en el enfoque de los problemas morales. El sentido común sale con frecuencia mal parado con los especialistas.

Einstein es un gran relativista. Einstein es un pésimo moralista: zapatero a tus zapatos.